

Notas: Juan Arturo Brennan

Alessandro Marcello (1684-1750) fue, sin duda, un hombre de talento. Aprendió a tocar el violín, instrumento para el que mostró una gran aptitud, bajo la guía de su padre, el senador veneciano Agostino Marcello. Además, fue un buen cantante, pintor y poeta, y por si ello fuera poco, se involucró a fondo con asuntos matemáticos y filosóficos. Su casa en Venecia fue un importante centro de actividad cultural, y tuvo entre sus visitantes ilustres a compositores como Gasparini, Lotti y Tartini. Por sus méritos creativos, Alessandro Marcello fue admitido en la Academia Arcadia y, fiel a la usanza, tomó un seudónimo: Eterio Stinfalico. Debido a la gran variedad de intereses que lo ocuparon, Alessandro Marcello no fue un compositor particularmente prolífico; en su catálogo se encuentran doce cantatas publicadas como un volumen, doce sonatas para violín solo, algunas arias y canzonettas, cantatas sueltas y un puñado de conciertos instrumentales. Entre éstos se encuentra una serie de seis conciertos, firmados con su seudónimo de Eterio Stinfalico, y que llevan por título el mismo que los conciertos del Op. 9 de Antonio Vivaldi (1678-1741), *La cetra*. En la música de Alessandro Marcello se puede percibir un fino artesanado técnico, así como una expresión en la que abundan las aventuras armónicas que por aquel entonces estaban muy en boga entre los compositores venecianos. Además, utilizó en sus conciertos algunas instrumentaciones poco ortodoxas, con tendencia a un libre intercambio entre cuerdas y alientos entre las partes solistas y las partes de conjunto o *ripieno*. La más famosa de las obras de Alessandro Marcello, el Concierto para oboe en do menor, fue atribuida erróneamente durante muchos años a su hermano Benedetto Marcello (1686-1739). Juan Sebastián Bach (1685-1750) transcribió este concierto dándole la forma de un Concierto para clavecín BWV 974.

La historia sobre la que está basado el libreto del ballet *El cascanueces* de Piotr Ilyich Chaikovski (1840-1893) es un extraño cuento de Navidad. El texto original es de E.T.A. Hoffmann y lleva por título original *El cascanueces y el rey ratón*. Una versión francesa, traducida por Alejandro Dumas, padre, se tomó como base para el libreto; es por ello que durante mucho tiempo se conoció esta partitura de Chaikovski como *Casse-noisette*, que es la palabra francesa con la que se designa ese ingenioso aparato que resulta igualmente peligroso para las nueces que para los dedos del usuario. Sin entrar en demasiados detalles, se puede recordar que el cuento se inicia con una fiesta de Navidad en la que un mago llamado Drosselmeyer trae extraños regalos: juguetes mecánicos, un Arlequín y una Colombina que bailan ante los fascinados niños. El regalo final es un grotesco cascanueces que recibe la niña Clara, ante los celos de su hermano Fritz. Por supuesto, como ocurre en casi todas las fiestas de Navidad, los niños se pelean por el cascanueces. Más tarde, por la noche mientras todos duermen, Clara regresa a la sala para encontrarse con que los juguetes navideños han cobrado vida. Hay una invasión de ratones que es repelida por los soldaditos de plomo comandados por el cascanueces. Como premio a su valentía, el bravo estratega es convertido en príncipe y de inmediato invita a Clara a un paseo por el reino de los Dulces. Durante este paseo, Clara y el príncipe cascanueces son testigos de escenas diversas que culminan en un festival preparado en honor de Clara.

Chaikovski recibió el encargo para este ballet en 1891 y terminó la orquestación en febrero de 1892. El estreno del ballet se llevó a cabo el 17 de diciembre de 1892 y la obra fue recibida con frialdad por el público. Al paso del tiempo, sin embargo, su popularidad creció hasta alcanzar una enorme aceptación por todo el mundo, básicamente a través de la suite realizada por Chaikovski con ocho números de la partitura original.

En la pequeña ciudad de Baden bei Wien vivía y trabajaba un director de coro llamado Anton Stoll, músico provinciano que tuvo la intuición y el buen tino de apoyar y promover con asiduidad la música de Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791), particularmente sus composiciones sacras. Fue en esa ciudad, y para el maestro Stoll, que Mozart escribió el 17 de junio de 1791 (pocos meses antes de su muerte) su última composición de música sacra, el *Ave verum corpus* K. 618, para cuatro voces, cuerdas y órgano. Es probable que la ocasión para la que el compositor creó el *Ave verum corpus*, la más popular de sus obras sacras, haya sido la festividad de Corpus Christi. El musicólogo Alfred Beaujean comenta lo siguiente sobre esta hermosa pieza mozartiana:

La escritura muestra gran maestría y perfección en su aparente sencillez, y el ingenioso esquema de modulación está oculto tras la sencilla pero muy emotiva expresividad de esta pieza intensamente religiosa. En su serenidad se parece a partes de la última obra de Mozart, el Réquiem, compuesto ese mismo año, el último de su vida.

Más allá de su atractiva suite sinfónica *Los planetas*, es poco lo que se conoce y difunde de la música del compositor inglés Gustav Holst (1874-1934). Acaso, se mencionan sus dos suites para banda, el poema sinfónico *Paraje de Egdon*, la ópera *Savitri* (de aliento místico como algunas otras de sus obras) y las Suite *St. Paul*. Además de compositor, Holst fue un buen maestro, y su carrera pedagógica estuvo centrada alrededor de tres instituciones inglesas: el Colegio Morley, el Real Colegio de Música y la Escuela de St. Paul. Tal y como lo hiciera Antonio Vivaldi doscientos años antes en el Ospedale della Pietà en Venecia, Holst compuso música para sus alumnas de la escuela de St. Paul, aunque no en tan gran volumen como su predecesor italiano. Holst fue nombrado director musical en la Escuela St. Paul en 1905, y dos años más tarde, en el Colegio Morley. Tres años después de asumir su puesto en Morley, el compositor realizó una obra para coro y orquesta relativa a la temporada navideña titulada *Christmas Day* ('Día de Navidad'). La obra está basada en las melodías de algunos villancicos navideños tradicionales y fue dedicada por Holst a sus estudiantes del Colegio Morley. Fue precisamente ahí donde se estrenó *Christmas Day*, el 28 de enero de 1911. Cabe recordar que además de un buen número de obras para coro y orquesta, Holst creó varias obras para coro son acompañamiento, así como algunas para voz solista y orquesta. En este sentido, el compositor fue un importante continuador de la larga y fructífera tradición coral inglesa.

Además de ser compositor, Robert Russell Bennett (1894-1981) fue conocido como experto arreglista y gran conocedor del arte de la orquestación. Su música fue siempre muy bien recibida y era tocada con gran frecuencia, aunque su fama no trascendió las fronteras de los Estados Unidos. Fue conocido como hombre de memoria prodigiosa y un alto sentido de la organización. En su larga y fructífera carrera Robert Russell Bennett realizó arreglos y orquestaciones para algunas exitosas comedias musicales como *Oklahoma*, *El rey y yo*, *Mi bella dama* y *La novicia rebelde*. En el año de 1955 recibió un Oscar de la Academia por su arreglo musical para la versión cinematográfica de *Oklahoma*. Es probable que la composición más conocida de Russell Bennett sea, estrictamente, una obra ajena. El director de orquesta Fritz Reiner le encargó realizar un arreglo orquestal sobre la ópera *Porgy y Bess* de George Gershwin (1898-1937) al que llamó *Cuadro sinfónico*. En esta obra, Bennett utiliza los temas más conocidos de la ópera de Gershwin, interpolándolos con otros fragmentos que se han hecho menos famosos. No está de más mencionar que, como compositor, Bennett también estuvo cerca del mundo operístico, ya que compuso un par de óperas, una de las cuales tiene como heroína a la famosa cantante española María Malibrán. Entre 1937 y 1940, fue presidente de la Sociedad Estadunidense de Arreglistas Musicales, y escribió un tratado de orquestación cuyo título original es *Instrumentally speaking* ('Hablando instrumentalmente').

El más famoso de los oratorios de Georg Friedrich Händel (1685-1759), *El Mesías*, fue compuesto en Londres entre el 22 de agosto y el 14 de septiembre de 1741, sobre una selección de textos bíblicos realizada por Charles Jennens, un próspero amigo y admirador de Händel que era además poeta aficionado. Al parecer, el oratorio fue escrito con una intención especial, la de ser interpretado en un concierto a beneficio de diversas obras caritativas en la ciudad de Dublín, a donde Händel había sido invitado oficialmente. En el camino de Londres a Dublín, obligado a detenerse por el mal tiempo, Händel tuvo ocasión de ensayar algunos de los coros del nuevo oratorio con agrupaciones corales de Chester. El compositor llegó a Dublín el 8 de noviembre de 1741 y de inmediato se insertó plenamente en la vida musical de la ciudad, presentando sus obras en varios conciertos durante una extensa temporada. El 9 de abril de 1742 se realizó un ensayo público de *El Mesías*, y el estreno oficial ocurrió el día 13 del mismo mes, bajo la dirección del propio Händel. El oratorio, cantado ante un público de alrededor de 700 personas, resultó un éxito inmediato, y las obras caritativas a las que estuvo dedicada la función recaudaron alrededor de 400 libras esterlinas de aquel entonces. El éxito de *El Mesías* en su primera audición dio como resultado una segunda ejecución, realizada el 3 de junio. Por más de 250 años, *El Mesías* se ha

mantenido como la obra sinfónico-coral interpretada con más frecuencia en el mundo occidental. Es interesante saber que, a diferencia de lo que pudiera pensarse, Händel acostumbraba interpretar *El Mesías* en la época de Pascua y no en la temporada navideña.

El compositor michoacano Miguel Prado (1905-1987), originario de Tingüindín, emigró con su familia a la Ciudad de México a causa de la Revolución Mexicana. Estudió en el Colegio de Infantes anexo al Seminario Conciliar y con el paso del tiempo abandonó su pasión por el toreo a favor de una carrera musical. Pronto se hizo de cierto prestigio como compositor de canciones (algunas de ellas sobre textos propios) y formó un grupo musical con el que se presentaba en centros nocturnos, cabarets y diversos eventos familiares y sociales. Trabajó en la radio y en teatros de revista y en la década de los 1950s hizo una gira por los Estados Unidos y el Caribe. Fue director de una estación de radio en Monterrey y más tarde trabajó en la XEW en la Ciudad de México. Sus canciones fueron interpretadas por artistas como Pedro Infante, Alfonso Ortiz Tirado y José Mojica. Trabajó activamente en asuntos gremiales, siendo funcionario de la Sociedad de Autores y Compositores de Música, de la que llegó a ser vicepresidente. Miguel Prado murió en la ciudad de San Miguel de Allende. Desde 1970, una calle de su pueblo natal lleva su nombre.

Desde el punto de vista de la orientación de su música, Miguel Bernal Jiménez (1910-1956) no es un músico difícil de descifrar, ya que en su pensamiento musical pueden distinguirse a simple vista (o a simple oído) dos grandes líneas de conducta: la religiosa y la nacionalista. Y si fuera necesario decidir cuál de las dos predominó en su trabajo como compositor, habría que señalar sin duda la vertiente religiosa, que está marcada en su biografía desde muy temprano. Nacido en Morelia, Bernal Jiménez entró en contacto con la religión y su música cuando aún era niño. Sus primeros maestros fueron Felipe Aguilera Ruiz e Ignacio Mier y Arriaga, y gracias a las recomendaciones de ellos, fue enviado a estudiar al Instituto Pontificio de Música Sagrada en Roma, donde se especializó en órgano, canto gregoriano y composición. A su regreso a México, Bernal desarrolló una intensa actividad en el mundo de la música, tanto en la enseñanza como en la investigación y la creación. Fundó el Conservatorio de Morelia, haciendo renacer la gran tradición musical de la antigua Valladolid, representada en el añejo Conservatorio de Las Rosas. Su interés por esa tradición musical lo llevó a investigar asiduamente todo lo concerniente a la música de Morelia, y así descubrió, precisamente en Las Rosas, el que es considerado como el primer archivo musical de América. En ese archivo, Bernal encontró una buena cantidad de música vocal y coral, y algunas interesantes piezas orquestales de Antonio Sarrier, Antonio Rodil y Francisco Moratilla. En el año de 1939 Bernal publicó *Morelia colonial*, un compendio de sus descubrimientos musicológicos en su ciudad natal. A su trabajo como compositor y sus labores de investigación, Bernal sumó su dedicación en el campo de la difusión de la música, fundando la revista *Schola Cantorum* y la Sociedad de Amigos de la Música. A lo largo de su vida y dentro de su pensamiento musical, Bernal Jiménez estuvo siempre muy cerca de la religión. Una mirada a su catálogo indica, sin duda alguna, que la mayor parte de sus obras nacen directa o indirectamente de una inspiración religiosa. Escrita originalmente para voz y órgano, *Alegres pastorcillos* data de 1945 y fue escrita sobre un poema de Manuel Ponce Zavala. En el catálogo de Bernal Jiménez hay tres versiones del *Aleluya*, una de 1942, una de 1948, y una más sin fecha de composición.